

—siempre dentro de la más amistosa guasa— de los defectos de Antioquia: que si «hijoeldiablo», que si «cañeros», que si regionalistas, que si patatín, que si patatán.

Restrepo le contestaba, también en broma, sacando al sol lo que juzgaba defectos costeños: que si «lo fósforo», que si «quienejquetatrá», que si «boyueyuca», que si lo uno, que si lo otro. Por último Perucho, como trueno gordo de la regocijada discusión, dijo:

—Antioquia será todo lo que tú quieras; pero en Barranquilla no hay mujeres tan bellas, ni caballos tan bonitos, ni iglesias tan hermosas como las de Medellín.

En este momento pasaba por el Camellón una linda barranquillera, de esas que curan el hipo por tan bonitas, que tienen en las miradas todo el fulgor de los atardeceres marinos y que caminan con vaivenes de ola.

—¿Y esta que va aquí no te parece bonita? —le preguntó Samuel a Perucho.

Perucho miró detenidamente a la dama, abrió la boca de pura admiración, y exclamó:

—¡Me la ganaste! ¡En Medellín no hay una tan bella como ésta!

Apenas terminada la exclamación, pasó por una de las avenidas un joven montado en un corcel hermosísimo que escarceaba elegantemente y piafababa como pregonando su hermosa lámina.

—Y este caballito, qué te parece? —preguntóle